



Continúa Homilía nuestro señor Obispo...

6. Es verdad que las condiciones en que se encuentran muchas mujeres, jóvenes sobre todo, que han concebido un hijo por irresponsabilidad, por engaño o por violencia, son lamentables y dramáticas. De esta situación no es culpable la Iglesia. Es el estado quien debe procurar la justicia y ofrecer condiciones saludables de vida, no de muerte. La Iglesia, que también es víctima de esas situaciones de inequidad, las comprende y les brinda su protección y apoyo espiritual y moral; pero nada puede justificar la eliminación de una vida inocente. Despenalizar el aborto es incitar a la mujer a cometerlo, aunque digan dolosamente lo contrario. Las consecuencias morales y psicológicas duran toda la vida y recaen sobre la mujer. A un legislador responsable se le pide promulgar leyes sabias que eviten estos casos lamentables limpiando el ambiente y los medios de comunicación de tanta podredumbre en la que han dejado sumirse el país, y que no quieren ver: la pornografía, la violencia, la deficiente y mal orientada «educación» sexual, la comercialización con el sexo y con la figura de la mujer en los anuncios y comerciales, la drogadicción... Los abortos clandestinos y las muertes de sus madres son hechos trágicos, lamentables, pero son el efecto de la falta de educación, de cuidado, de responsabilidad, fruto de la pobreza y de la violencia, no la causa. Son consecuencia de su negligencia. No quieren asumir la tarea de educar, y de educar en los valores y en la virtud, como es su deber. El legislador debe prevenir el mal, erradicando las causas y no queriendo suprimir los efectos, sin quitar las causas. Querer resolver el problema despenalizando el aborto es transferir irresponsablemente la responsabilidad a la que menos la tiene: a la mujer engañada, seducida, violentada, empobrecida. La mujer, víctima de la ignorancia, de la inexperiencia, del ambiente, de la violencia deber cargar también ahora, ella sola, con el homicidio de su hijo. Un estado ineficiente se vuelve corruptor. Es como decirle a la mujer: Tú te las arreglas como puedas. Si quieres asesinar a tu hijo que te estorba, pues hazlo. Yo no me opongo ni digo nada». Herodes y Pilato se vuelven a encontrar para tramitar la muerte del inocente. ¿Para eso elegimos, para eso pagamos tanto dinero a los legisladores? Eso no es justo y ustedes, que los eligieron, tienen que hacérselo saber.

7. Hermanas y hermanos todos: En el canto que entonamos a la Virgen de Guadalupe, que comienza: «A ti Virgencita, mi Guadalupeana», hay una estrofa que dice: «Tu nombre es arrullo y el mundo lo sabe; eres nuestro orgullo, y México es tuyo: ¡Tú guardas la llave!».

Santa María de Guadalupe es la «Madre del Dios por quien se vive», por quien México ha vivido y quiere vivir. Santa María de Guadalupe es la esposa de Señor San José. Él la tuvo bajo su cuidado junto con su Hijo, a quien salvó de las manos asesinas de Herodes y sus descendientes, ahora desparramados por doquier. A esta Virgen cantamos, diciéndole que México es suyo y que «Ella guarda la llave». Ella tiene la llave de su felicidad y de la fuente de la vida, que es Dios. La Iglesia católica custodia esa llave, porque defiende y promueve la vida. Más adelante, el canto dice: «¡Que viva la Reina de los mexicanos, la que con sus manos sembró rosas bellas y puso en el cielo millares de estrellas!» ¿Por qué, hermanos y hermanas, hay quienes quieren empañar nuestro cielo, secar nuestro jardín sembrado por María, cortar nuestras rosas, apagar nuestra fe en Dios, nuestro amor a la vida, nuestro aprecio a la familia, a los hijos, a los niños, elaborando leyes inicuas, violentas, criminales?

Queremos que «viva la Reina de los mexicanos», de todos nosotros, y queremos vivir también nosotros junto con Ella. Y para vivir tenemos que respetar la vida, amar la vida, defender la vida, disfrutar apaciblemente de la vida, don maravilloso de Dios. No olvidemos a Juan Pablo II clamando: «¡Somos el pueblo de la vida y para la vida!» Los retrógrados no somos nosotros, no es la Iglesia; son ellos, los sembradores de muerte. Nosotros miramos hacia adelante porque amamos la vida y tenemos fe y tenemos esperanza en un México mejor. Para eso la Providencia divina escogió a San José, para defender, conservar y hacer crecer y florecer la vida de su Hijo y la de su santísima Madre. A él nos encomendamos y le pedimos que siga protegiendo a la familia de su Hijo, especialmente a los más pobres, a los más débiles, a los inocentes en el mismo seno materno junto con sus madres. Que proteja a las madres, en cualquier situación en que se encuentren, para que con penas y sacrificios, salven la vida de sus hijos y ellos sean su gloria, su corona y su felicidad. Que así sea.

† Mario De Gasperín Gasperín
Obispo de Querétaro

Domingo de Ramos

1. Oración inicial

Espíritu Santo, derramado sobre el mundo por el ser divino que va a morir, condúcenos a contemplar y a comprender la vía dolorosa de nuestro Salvador y el amor con que la ha recorrido. Concédenos ojos y corazones de verdaderos creyentes, para que se nos revele el misterio glorioso de su cruz. «Gracias a la cruz no andaremos ya errantes por el desierto, porque conocemos el camino verdadero; no nos quedaremos ya fuera de la casa de nuestro Dios, de nuestro rey, porque hemos encontrado la puerta; no temeremos ya las flechas encendidas del demonio, porque habremos descubierto una fuente de agua. Por medio de Él, no estaremos ya solos, porque habremos encontrado al esposo; no tendremos ya miedo del lobo, porque habremos encontrado al buen pastor. Gracias a la cruz no nos asustará ya la iniquidad de los poderosos, porque estaremos sentados a la mesa del rey» (Cf. S. Juan Crisóstomo).

2. Lectura

El texto: Lucas 22,14 - 23,56

Una división del texto para ayudar a la lectura:

La narración de la última cena: desde 22,7 a 22,38;

La oración de Jesús en el huerto de Getsemaní: desde 22,39 a 22,46;

El arresto y el proceso hebraico: desde 22,47 a 22,71

El proceso civil delante de Pilato y Herodes: desde 23,1 a 23,25

La condena, la crucifixión y la muerte: desde 23,26 a 23,49

Los acontecimientos sucesivos a la muerte: desde 23,50 hasta 23,56.

3. Momento de silencio orante

Para que la Palabra de Dios entre en nosotros e ilumine nuestra vida.

4. Algunas preguntas

Para ayudarnos en la meditación y en la oración.

a) Al final de esta larga lectura, ¿qué sensación prevalece en mí: descanso como fin de la fatiga, admiración por Jesús, dolor por su dolor, alegría por la salvación obtenida, o qué otra cosa?

b) Vuelvo a leer el texto, poniendo atención en cómo han actuado los distintos «poderosos»: sacerdotes, escribas y fariseos, Pilato, Herodes. ¿Qué pienso de ellos? ¿Cómo creo que hubiera podido pensar, actuar, hablar y decidir yo en su lugar?

c) Leo otra vez la Pasión: pongo atención, esta vez, en cómo han actuado los «pequeños»: discípulos, gente, los particulares, mujeres, soldados y otros. ¿Qué pienso de ellos? ¿Cómo creo que hubiera actuado, pensado y hablado yo en su lugar?

d) Finalmente, repaso mi modo de actuar en la vida diaria. ¿A cuál de los personajes, principales o secundarios, logro asemejarme? ¿A cuál, sin embargo, desearía asemejarme más?

5. Una clave para la lectura

La pasión según san Lucas tiene muchos aspectos característicos. Desde un punto de vista externo, por ejemplo, el interrogatorio de Pilato está dividido en dos partes y entre las dos se incluye la comparecencia de Jesús ante Herodes (vv 6-12), escena que sólo narra el tercer evangelista. Lucas tiende a disminuir la responsabilidad de Pilato: declara tres veces inocente a Jesús (21s) propone castigarlo y soltarlo (22). Jesús no calla ante él, sino únicamente ante Herodes. Se manifiesta así una clara voluntad de rebajar la responsabilidad de los romanos en el proceso de Jesús.

Dejando aparte estas particularidades, que desempeñan un papel importante en el momento de establecer un orden cronológico en los acontecimientos, la narración de Lucas se caracteriza por la manera de subrayar aspectos que podríamos llamar pastorales y que apuntan a una aplicación práctica en la vida de los cristianos. Esta parece ser la intención de tres episodios de la historia de la pasión: la lamentación de las mujeres, el diálogo con el buen ladrón y la reacción del pueblo ante la muerte de Jesús.

El llanto de las mujeres (27-31) evoca la lamentación de Zac 12,10: «derramaré sobre la casa de David un espíritu de compunción y de pedir perdón. Al mirarme traspasado por ellos mismos, harán duelo como por un hijo único, llorarán como se llora a un primogénito». En la respuesta de Jesús (28-30) hay una alusión al juicio de Israel (cf. Lc 13,34-35; 19,41-44; 21,23-24). Indirectamente exhorta Lucas a sus lectores a aceptar el mensaje de Jesús, camino de salvación.

La salvación que aporta Jesús es ilustrada también con la conversión del buen ladrón (39-43), ejemplo de pecador convertido: en el momento de su muerte entrará ya en el paraíso.

La propia muerte de Jesús es precedida en Lc de un gran grito de confianza (v 46, cf. Sal 31,6). La reacción de la gente ante esta muerte (47-49) contiene el reconocimiento por parte del centurión de que Jesús era un hombre justo (confesión primitiva de la fe). Los demás, por su parte, se sienten interpelados por esta muerte: «se volvieron golpeándose el pecho» (48). La apertura y conversión de la gente son también un ejemplo para la comunidad cristiana.

6. Isaías 50,4-10

7. Oración final

De la liturgia eucarística de este domingo:

Dios omnipotente y eterno, que has dado como modelo a los hombres a Cristo tu Hijo, nuestro Salvador, hecho hombre y humillado hasta la muerte de cruz, haz que tengamos siempre presente la gran enseñanza de su Pasión para poder participar en la gloria de su Resurrección. Por Cristo,